

ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Diciembre de 1887

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

Año II N.º 24

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

IV

La Mentira Política

SUPONGAMOS un hombre del pueblo viviendo en un Estado europeo, para darnos una idea aproximada de la libertad individual.

Para ser admitido en la escuela necesita el acta de nacimiento ó partida de bautismo, aunque la razón dicta que la presentación del individuo es mejor garantía de existencia que no la de un papel en que ésta se haga constar. Al salir de la escuela necesita dedicarse á una profesión para ganarse la vida; si se siente apto para ayudar á sus conciudadanos con sus consejos en negocios de derecho, necesita previamente el permiso del Estado en forma de diploma; puede no obstante dedicarse á zapatero sin aquel permiso, aunque un zapato mal hecho pueda ocasionar más dolores que un consejo torpe en un asunto jurídico. Nuestro hombre á los veinte años quisiera emprender un viaje para completar su educación, pero la ley le obliga á cumplir su deber de soldado. Si nuestro Juan, nombre que se le aplica para mayor comodidad, se enamora durante el servicio militar, y quiere casarse para tener una conducta más regular que la generalmente seguida en las guarniciones, la ley le obliga á permanecer célibe. Juan toma su licencia, quiere casarse y lo consigue mediante la presentación de un fárrago de papeles, en que la falta de uno de ellos hubiera impedido la celebración del matrimonio. Quiere después de casado abrir una taberna y no puede hacerlo sin un permiso de la policía que puede negárselo si lo tiene á bien. Desea Juan reconstruir su casa, nuevo permiso de la policía. Tiene un jardín interior en el cual quiere elevar una edificación que á nadie perjudica, es indispensable el certificado de la policía. Tiene una tienda, y no sintiendo necesidad del reposo de un día á la semana, quiere vender el domingo, la policía se lo impide. Si su tienda es un restaurant y quiere tenerle abierto toda la noche, la policía le prescribe una hora fija para cerrar su establecimiento. Su esposa le da un hijo y debe inscribirle en el estado civil si quiere evitar al pequeñuelo desagradables consecuencias para lo porvenir; debe también vacunarle, aunque haya visto muchos vacunados morir de viruela y otros no vacunados salir ilesos de una epidemia variolosa. Quiso un día hacer pasar un ómnibus por las calles de su población, nuevo permiso de la policía; tuvo el deseo de penetrar en cierto sitio del jardín público costado por la ciudad, no pudo conseguirlo;

sintió el deseo de hacer una excursión á pié por la comarca, y un guardia civil le molestó con todo género de preguntas indiscretas y le trató como sospechoso; un vecino le tomó un día una porción de terreno de su propio jardín, y llevado el asunto á los tribunales, á pesar de su reconocido derecho, perdió Juan en tiempo y costas veinte veces más que lo que valía el terreno en litigio; se enamoró de un traje del Renacimiento que vió en un cuadro del Museo y quiso usar uno igual, y apenas se presentó un domingo en la calle vestido de aquella manera, la policía le obligó á retirarse so pena de ser castigado severamente; reunióse con varios amigos para formar una sociedad donde poder libremente quejarse de las leyes existentes, y la policía le persiguió como conspirador; fundó después una sociedad económica en que sólo se trataba de ahorro y cooperación, y la policía la disolvió porque previamente no se había pedido permiso á la autoridad. Juan llegó á viejo después de infinitas vicisitudes, consolándose de su falta de libertad con la idea de que los rusos se hallan más tiranizados aún, y envidiando á los ingleses y norteamericanos la libertad de que disfrutaban, según dicen los periódicos. Murió su mujer, y ni aun en la muerte quiso separarse de ella, y la enterró en su jardín, pero una tempestad policiaca se levantó contra Juan; la difunta fué exhumada sin ceremonia y llevada al cementerio de orden de la autoridad, y Juan fué severamente castigado por haber enterrado á su difunta esposa en su propio suelo. Viéndose solo en el mundo descuidó sus negocios y cayó en la miseria, por lo que se vió obligado á mendigar; un polizone le condujo á la oficina de policía, donde sostuvo con el comisario el siguiente diálogo: «Ya sabéis que la mendicidad está prohibida.» «Lo sé, pero no me lo explico, porque á nadie importuno, sólo tiendo la mano en silencio.» «Basta de réplicas; ocho días de cárcel.» «¿Y qué haré pasados esos ocho días?» «Nada me importa; eso á vos corresponde.» «Soy viejo, no puedo trabajar, nada poseo y estoy algo enfermo.» «Si estáis enfermo id al hospital; pero no basta estar algo enfermo, es necesario estarlo completamente.» «Comprendo, se necesita estar á punto de morir.» Juan cumplió su condena y después fué admitido en el hospicio, donde le obligaron á ponerse un uniforme que en la calle le atraía miradas despreciativas. Un día se paseaba Juan tomando el sol á la orilla del río y repasaba en su pensamiento su historia. «Héme llegado á setenta años sin haber sido nunca dueño de mí mismo, sin haber tenido nunca permiso para usar de mi voluntad; en mis asuntos más personales gente extraña ha metido siempre la nariz burocrática; se me han exigido consideraciones para todo el mundo que nadie ha guardado conmigo; bajo pretexto de proteger los derechos de otros se me ha despojado de los míos, y bien mirado á todos se les ha hecho víctimas de igual despojo; hasta con mi perro no he tenido libertad, porque si un día me he propuesto á pegarle, la sociedad protectora de los animales, ayudada de la policía, invadió mi tienda. Comprendo las vejaciones del oficio de soldado,—aunque si el enemigo invadiese el país sin resistencia difícilmente me causaría más miserias que las que me ha producido mi carísimo go-

bierno; comprendo el pago de los impuestos, porque ha de retribuirse á la policía, — aunque no sea muy necesario pagar una industria que nada útil hace y que en caso de insolvencia se apodera de cuanto poseo; pero ¿para qué las otras vejaciones? ¿Qué ventajas me ha producido esa policía? Protegió mi propiedad cuando carecía de ella, y cuando un vecino ambicioso me despojó de un trozo de mi jardín, tuve que atormentarme y pagar por ello. Si no hubiese policía cada uno obraría á su gusto, y si entre dos vecinos surgiese una diferencia, entre los dos se arreglaría, con razones ó á puñetazos, pero después todo quedaría en paz. La policía vela por que las calles estén bien cuidadas; pero no sé si es preferible usar grandes botas para atravesar calles fangosas que sufrir esas eternas molestias. ¡Qué el diablo se lleve á todos!

Llegado á este punto del monólogo, Juan se tiró al río, pero la policía le pescó y le presentó al juez, que, por tentativa de suicidio, le condenó á larga prisión. Afortunadamente una fluxión de pecho causada por el frío le produjo la muerte. Aun la policía levantó acta de la defunción; ni con la muerte se libró de esta última ingerencia.

*

Como hemos visto, Juan, raciocinando como hombre poco culto, ha confundido la policía con el Estado y sus leyes, pero en el fondo tiene razón: las ventajas que el Estado ofrece no guardan proporción con sus inconvenientes, y distan mucho de corresponder á las suposiciones que le sirven de base.

El Estado debe asegurar nuestra vida, pero no lo hace porque no puede evitar las guerras, que entre los pueblos civilizados son tan frecuentes y sanguinarias como entre los salvajes.

El Estado debe proteger la propiedad, y á despecho de todas las leyes y de todos los reglamentos se roba y saquea directa ó indirectamente.

El hombre civilizado, no sólo necesita protegerse á sí propio como el salvaje, sino que además ha de pagar al Estado exorbitantes impuestos por la supuesta protección que le concede.

El viajero que va de Strasburgo á Basilea pregunta al barquero el precio del pasaje, y éste contesta: — «Cuatro florines, y solamente dos si ayuda V. á tirar de la cuerda.» La situación del hombre civilizado es peor, porque no se le concede la elección: ha de tirar de la cuerda y pagar los cuatro florines.

A pesar de lo expuesto no acepta el autor la anarquía, con una falta de lógica que sólo se explica por un resto de preocupación autoritaria, y empleando una rara sutileza de ingenio emplea términos que si algo significan es aquello mismo que declara no aceptar. Así dice: «La crítica razonable no reclama, pues la anarquía, que es absolutamente inimaginable, sino la autarquía y la oligarquía, estado en que uno se gobierna á sí propio y donde se gobierna poco, resultando una amplia simplificación de la máquina gubernamental, el abandono de todas las ruedas

inútiles y de una opresión sin objeto, la reducción de las exigencias del Estado respecto de los ciudadanos á lo que es puramente indispensable para el cumplimiento de sus funciones (1).»

BASES CIENTÍFICAS DE LA ANARQUÍA

II

La Anarquía se impone

Las ideas presentadas en el artículo anterior, con respecto á la combinación de los esfuerzos que constituyen la fuerza principal de nuestra riqueza, explican por qué los más de los anarquistas ven en el comunismo la única solución equitativa para la remuneración adecuada del trabajo individual. Hubo tiempo en que una familia, ocupada en la agricultura, y ayudada por unos pocos oficios domésticos, podía considerar el trigo que cultivaba y el paño basto que tejía como producto de su propio trabajo y de nadie más. Aun entonces semejante concepto no era del todo correcto, se talaban bosques y se construían caminos por trabajo en comunidad, y la familia tenía que pedir continuamente socorro comunal, como sucede todavía en muchísimas comunidades rurales. Pero ahora, en el estado sumamente intrincado de la industria, sosteniendo cada ramo á todos los demás, ya no es admisible semejante punto de vista individualista. Si la industria del hierro y del algodón han llegado á tan alto grado de desarrollo, es debido al desenvolvimiento simultáneo de miles de otras industrias grandes y pequeñas, á la extensión de los ferrocarriles, á un aumento de conocimientos, tanto por parte de los ingenieros, como de la masa de los trabajadores, á cierta educación organizadora que se ha desarrollado lentamente entre los productores británicos, y sobre todo, al comercio universal que se ha desenvuelto, gracias á obras realizadas á distancia de miles de leguas. Los italianos que murieron del cólera durante los trabajos del canal de Suez, ó de la enfermedad de «túnel» en el San Gotardo, han contribuído tanto al enriquecimiento de Inglaterra, como la niña inglesa que se hace prematuramente vieja, sirviendo una máquina en Manchester, y esta niña, tanto como el ingeniero que ha introducido una mejora en nuestra maquinaria para ahorrar trabajo. ¿Cómo podemos pretender apreciar exactamente la parte de cada uno en las riquezas que vemos acumuladas á nuestro alrededor?

Podemos admirar el genio inventivo ó la capacidad organizadora de un gran fabricante, pero hemos de reconocer que todo su ingenio y energía, no llevarían á cabo la décima parte si hubiesen de tratar con

(1) Esperar que el Estado, que en la práctica ha sido siempre malo, á despecho de la evolución progresiva, se convierta en bueno, no en razón de un fundamento positivo y racional, sino para satisfacer un ideal imaginario, constituye también una *mentira política*, y por ello el autor cae de plano en aquello mismo que censura, viendo la paja en el ojo ajeno. Este es un defecto propio de los radicales de buena fe y una estrategia de los radicales hipócritas.

pastores mongoles ó labriegos siberianos, en vez de obreros é ingenieros ingleses y jefes de taller de confianza. Un millonario inglés que logró dar un impulso grande á un ramo de industria casera, fué preguntado poco tiempo há por las verdaderas causas de su buen éxito, y contestó: «He buscado siempre el hombre conveniente para una especialidad dada, dejándole luego en perfecta independencia, y reservándome para mí solamente la inspección general,» y ¿ha encontrado siempre hombres de esta clase? «Siempre,» pero en los nuevos ramos deducidos por usted, le hacían falta muchas nuevas invenciones, sin duda hubiéramos gastado miles y miles comprando privilegios. Este pequeño diálogo resume á mi modo de ver, las verdaderas condiciones de semejantes empresas industriales que se citan por los partidarios de una remuneración adecuada del trabajo individual, en forma de millones regalados á los directores de industrias prósperas, pues demuestra hasta qué punto el trabajo es verdaderamente original. Dejando aparte las mil condiciones que á veces permiten á un hombre manifestar sus capacidades en toda su extensión, y otras veces impiden que las pueda manifestar, podría preguntarse hasta qué punto las mismas capacidades podrían producir los mismos resultados si aquel mismo capitalista no encontrase directores de confianza ni obreros hábiles, y si el giro mecánico de la inteligencia de tantos ingleses no produjera centenares de inventos. La industria inglesa es la obra de la nación inglesa, hasta de Europa é India combinadas, y no de individuos aislados.

Teniendo esta opinión sintética acerca de la producción, los anarquistas no pueden considerar, como lo hacen los colectivistas, que una remuneración proporcionada á las horas de trabajo empleadas por cada individuo en la producción de riquezas, puede ser una sociedad ideal, ó siquiera una aproximación á tal ideal. Sin entrar aquí en una discusión acerca del grado en que el valor de cambio de cada mercancía puede determinarse por la cantidad de trabajo necesario para su producción, (este asunto requiere un estudio separado), hemos de decir que el ideal colectivista nos parece simplemente irrealizable en una sociedad en que los requisitos para la producción se han de considerar como propiedad común. Semejante sociedad se vería obligada á prescindir por completo del sistema del salario. Parece imposible que el individualismo atenuado de la escuela colectivista pueda coexistir con el comunismo parcial que resulta de la propiedad común de la tierra y maquinaria, á no ser que sea sostenido por un gobierno mucho más fuerte que los conocidos hasta ahora; el actual sistema de salario se ha desenvuelto por la apropiación de los requisitos para la producción por parte de pocos, ha sido una condición necesaria para el desarrollo de la actual producción capitalista, á la cual no puede sobrevivir aun cuando se hiciera una tentativa de pagar al trabajador el valor íntegro de su producto, y el dinero se sustituyese con bonos de horas de trabajo. La posesión común de los instrumentos de la producción, implica el goce común de los frutos de la producción común, y nosotros creemos que una organización equitati-

va de la sociedad puede resultar tan sólo cuando todo sistema de salarios quede abandonado, y cuando cada uno, contribuyendo al bienestar común con todas sus capacidades, disfrutará también la riqueza común de la sociedad en toda la extensión de sus necesidades posibles.

Sostenemos además, no solamente que el comunismo es un estado social apetecible, sino que la tendencia de la sociedad moderna se inclina precisamente cada vez más hacia el comunismo, el comunismo libre, á pesar del crecimiento aparentemente contradictorio del individualismo. En el crecimiento del individualismo, sobre todo durante los tres últimos siglos, vemos puramente los esfuerzos del individuo para emanciparse del poder cada vez mayor del capital y del Estado. Pero al lado de este crecimiento, vemos también á través de la historia hasta nuestros días la lucha latente de los productores de riqueza para mantener el comunismo parcial antiguo, y reintroducir los principios comunistas en la forma nueva, así que lo permitan las condiciones favorables. Tan pronto como las comunidades de los siglos x, xi y xii pudieron establecer una vida independiente propia, dieron gran empuje al trabajo en común, al comercio en común y parcialmente al consumo común. Todo esto ha desaparecido, pero la comunidad rural sostiene una lucha empeñada para mantener sus antiguas funciones, consiguiéndolo en muchos puntos del Oriente de Turquía, de Suiza, y aun de Francia y Alemania, surgiendo al mismo tiempo, siempre que pueden, organizaciones nuevas fundadas en los mismos principios. A pesar del giro egoísta que toma la opinión pública por la producción mercantil de nuestro siglo, la tendencia comunista vuelve á afirmarse continuamente, intentando producirse en la vida pública. El pontazgo y el portazgo desaparecen ante el puente y la carretera libres, cuyo uso se había de pagar. El mismo espíritu reina en miles de otras instituciones. Los museos, las bibliotecas públicas, las escuelas, los parques y sitios de recreo, las calles empedradas y alumbradas para uso de todo el mundo, el agua conducida á las moradas particulares, con creciente tendencia á no medir la cantidad exacta que cada individuo gasta, los tranvías y ferrocarriles que ya han empezado á introducir billetes de temporada, tarifa uniforme, y seguramente irán más allá de este sentido cuando dejen de ser propiedad particular; todos estos son signos que indican la dirección en que se puede esperar el progreso.

Tiéndese á colocar las necesidades del individuo por encima de la evaluación de los servicios que haya prestado ó pueda prestar á la sociedad, y á considerar á ésta como un conjunto tan íntimamente entrelazado que un servicio prestado á un individuo es un servicio prestado á la sociedad entera. El bibliotecario del Museo Británico no pregunta al que quiere leer qué servicios ha prestado á la sociedad, sino que le da los libros que pide; y por una cuota uniforme una sociedad científica, deja sus jardines y museos á la libre disposición de cada socio. La tripulación de un salva vidas no pregunta si los hombres de un barco naufragado tienen derecho á ser rescatados con peligro de vida, y la socie-

dad de socorro á los licenciados de presidio no pregunta por el carácter del expresidiario al socorrerlo. Se trata de hombres necesitados de socorro, son también hombres, y no necesitan otro título, y si esta misma ciudad tan egoísta hoy el día fuese visitada por una calamidad pública, si por ejemplo quedase sitiada como París en 1871, y hubiese falta de alimentos, esta misma ciudad proclamaría unánimemente que las primeras necesidades á satisfacer, son las de los niños y las de los viejos, sin preguntar por los servicios que puedan prestar ó hayan prestado á la sociedad, y cuidaría de los defensores activos de la ciudad, sin medir los grados de valentía desplegada por cada uno. Pero una vez existiendo esta tendencia, no se negará que irá haciéndose más fuerte á medida que la humanidad quede libre de su dura lucha por la vida. Cuando nuestro productor se emplee enteramente para aumentar la provisión de las primeras necesidades de la vida, cuando una modificación de las condiciones actuales de la propiedad haya aumentado el número de productores con todos aquellos que ahora no lo son, y cuando el trabajo manual haya reconquistado su puesto de honor en la sociedad, resultando de todo esto decuplicada nuestra producción, y el trabajo sea más fácil y más atractivo, las tendencias comunistas ya existentes ensancharían su esfera de acción.

Teniendo en cuenta todo esto, y aun más el aspecto práctico de la cuestión, de como la propiedad privada puede convertirse en propiedad común, los más de los anarquistas sostienen que el primer paso que dará la sociedad al modificar el régimen actual de la propiedad, será en sentido comunista. Somos comunistas. Pero nuestro comunismo no es el del falansterio ni el de la escuela autoritaria, es un comunismo anarquista, comunismo sin gobierno, comunismo libre, es la síntesis de los dos principales objetos que persigue la humanidad desde los comienzos de su historia, la libertad económica y la libertad política.

He dicho ya que anarquía significa no gobierno. Sabemos muy bien que la palabra anarquía en el lenguaje corriente, es sinónima de desorden, pero ese significado, que no es el original, implica al menos dos supuestos: primero que donde no hay gobierno hay desorden, y luego implica que el orden debido á un gobierno fuerte, ó una policía numerosa es siempre provechoso. Pero ambos supuestos distan mucho de estar probados. Hay mucho orden, ó, mejor dicho, armonía, en muchos ramos de la actividad humana en que el gobierno felizmente no interviene. En cuanto á los efectos provechosos del orden, la especie de orden que reinaba en Nápoles, bajo la dominación borbónica, seguramente no era preferible al desorden introducido por Garibaldi, y los protestantes ingleses dirán ciertamente que el gran desorden producido por Lutero, era de todos modos preferible al orden que reinaba bajo el papa, y en cuanto al célebre *orden* que un día quedó restablecido en Varsovia, supongo que no hay diferencia de opinión. Mientras que todos están acordes en que la armonía es siempre apetecible, no hay tal unanimidad con respecto al orden, y aun menos al orden que se supone que reina

en nuestras sociedades modernas, así es que no tenemos ningún inconveniente en que la palabra anarquía se use como negación de la que muchas veces se ha calificado de orden. Tomando por nuestro lema la anarquía en su significado de ausencia de gobierno, creemos expresar una tendencia pronunciada de la sociedad humana. En la historia vemos que precisamente en aquellas en que pequeñas porciones de la humanidad rompieron el poder de sus gobernantes recobrando su libertad, fueron épocas de gran progreso económico é intelectual. Sea el desarrollo de las ciudades libres, cuyos monumentos sin rival, trabajo libre de libres asociaciones de obreros, todavía atestiguan el renacimiento del espíritu y del bienestar de ciudadanos, sea el gran movimiento que produjo la reforma, estas épocas fueron testigo del más grande progreso cuando el individuo recuperaba parte de su libertad, si observamos con atención el desarrollo actual de las naciones civilizadas, no podemos dejar de descubrir un marcado y creciente movimiento para limitar cada vez más la esfera de acción del gobierno para dejar cada vez más libertad á la iniciativa del individuo. Después de ensayar todas las especies de gobierno para resolver el problema irresoluble de tener un gobierno que pudiera obligar al individuo á la obediencia sin escaparse él mismo de la obediencia á la colectividad, la humanidad intenta ahora librarse de las ataduras de todo gobierno, y satisfacer sus necesidades de organización por la libre inteligencia entre los individuos que persiguen el mismo objeto común. La autonomía hasta para la unidad territorial más pequeña, llega á ser una necesidad cada vez más sentida, el libre convenio se va sustituyendo á la ley y la libre cooperación á la tutela gubernamental. Las funciones que durante los últimos dos siglos se han considerado como esenciales del gobierno, son disputadas una tras otra, la sociedad se mueve mejor cuando menos es gobernada. Y cuanto más estudiamos el adelanto que se hace en este sentido, así como la incompetencia de los gobiernos para cumplir las esperanzas que en ellos se tiene, tanto más hemos de concluir que la humanidad limitando cada vez más las funciones del gobierno va marchando hasta reducirlas finalmente á la nada, y prevemos ya un estado social en que la libertad del individuo no será limitada por leyes ni imposiciones, ni otra cosa que sus propios hábitos sociales, y la necesidad que cada uno siente de encontrar cooperación, ayuda y simpatía entre sus vecinos.

Por supuesto, la moral del no gobierno encontrará al menos tantas objeciones como la economía no capitalista. Nuestras mentes se han nutrido de tal manera en las preocupaciones con respecto á las funciones providenciales del gobierno, que las ideas anarquistas han de tropezar forzosamente con desconfianzas. Toda nuestra educación, desde la infancia hasta el sepulcro, fomenta la creencia en la necesidad de un gobierno y sus efectos provechosos. Sistemas filosóficos se han creado para sostener esta opinión, la historia se ha escrito desde este punto de vista, las teorías jurídicas se han infiltrado y propalado con este objeto, toda la política se funda en el mismo principio, cada político dice á la gente

cuyo apoyo pide «dadme el poder gubernamental y yo puedo aliviarnos de los apuros de vuestra vida presente.» Toda nuestra educación está infiltrada de estas mismas enseñanzas, cualquier libro de sociología ó de historia, de leyes ó moral que abramos, encontraremos que el gobierno, su organización, sus actos, desempeñan un papel tan prominente que nos acostumbramos á suponer que el Estado y los hombres públicos lo son todo, que no hay nada más allá de los grandes hombres de Estado. La misma enseñanza se repite cada día en la prensa. Columnas enteras se llenan de debates parlamentarios, de evoluciones de personajes políticos, y mientras leemos esas columnas sobradas veces olvidamos que un número inmenso de hombres, la humanidad, en una palabra nace y muere, vive feliz ó apurada trabajando y consumiendo, pensando y produciendo; además de aquellos pocos individuos, cuya importancia se ha abultado tanto, que deja en la sombra á la humanidad.

Y sin embargo, si de lo escrito nos volvemos á la vida real echando una mirada ligera sobre la sociedad como es, quedamos asombrados al ver la parte infinitesimal que corresponde al gobierno en nuestra vida, millones de seres humanos viven y mueren sin haber tenido nada que ver con el gobierno, cada día millones de transacciones se hacen sin la más mínima intervención del gobierno, y los que contraen compromisos no tienen la más mínima intención de romper los tratos; hasta los compromisos no protegidos por el gobierno, como los de la bolsa y las deudas de juego se cumplen tal vez mejor que los otros. El simple hábito de cumplir su palabra, el deseo de no perder la confianza son muy suficientes en la inmensa mayoría de los casos para garantizar el cumplimiento de los compromisos. Podría decirse que de todos modos hay el gobierno que podría imponer su cumplimiento si fuera necesario; pero, prescindiendo de los innumerables casos que no podrían llevarse á ningún tribunal, todo el que tenga el más mínimo conocimiento del comercio confirmará sin duda la afirmación de que el comercio sería absolutamente imposible si no fuera tan fuerte el sentimiento de honor que impele á cumplir sus compromisos. Aun los comerciantes y fabricantes que no sienten el más mínimo remordimiento en envenenar á sus parroquianos con toda clase de géneros abominables debidamente rotulados, aun éstos cumplen sus compromisos comerciales. Si semejante moralidad relativa, como es el honor comercial, existe ahora en las condiciones actuales en que el enriquecimiento es el principal móvil, el mismo sentimiento irá desarrollándose muy rápidamente cuando al robar á alguien los frutos de su trabajo dejará de ser la base económica de nuestra vida.

Otro rasgo notable de nuestro siglo habla á favor de la misma tendencia al no gobierno, es el constante ensanchamiento del campo de la iniciativa privada y el reciente aumento de grandes organizaciones, como simple resultado del libre acuerdo. La red de ferrocarriles de Europa,—confederación de tantas sociedades distintas,—y el transporte directo de pasajeros y mercancías sobre tantas líneas que fueron construídas inde-

pendientemente y luego se federaron, sin tener siquiera una junta central, son un ejemplo muy notable de lo que ya se ha hecho por mero acuerdo. Si cincuenta años atrás alguien hubiese presagiado que los ferrocarriles construídos por tantas compañías distintas acabarían por constituir una red tan perfecta como son hoy, seguramente le habrían tratado de loco. Se habría dicho que tantas compañías, de las que cada una persigue sus propios intereses, no se avendrían nunca sin dirección internacional de ferrocarriles, sostenida por un convenio internacional de los Estados europeos y dotada de poderes gubernamentales. Pero no se recurrió á semejante directiva y el convenio vino á pesar de esto. El *Beurden* holandés, que extiende ahora su organización sobre los ríos de Alemania y aun sobre la navegación del Báltico; las innumerables asociaciones de fabricantes amalgamados y los sindicatos de Francia, son otros tantos ejemplos demostrativos; si se objeta que muchas de estas organizaciones se han hecho para la explotación, diré que esto no prueba nada, porque si pueden avenirse los hombres que persiguen sus propios intereses egoístas, muchas veces muy estrechos, será aun más fácil que hombres mejor inspirados, obligados á unirse más fácil que hombres mejor inspirados, obligados á unirse más íntimamente con otros grupos se avengan aún mejor.

Pero tampoco hay falta de organizaciones libres para fines más generosos, una de las obras más notables de nuestro siglo es, sin duda, la asociación de salvamento. Desde el humilde principio de su instalación, que todos recordamos, no ha salvado menos de 32,000 vidas humanas. Apela á los instintos más nobles del hombre, su actividad depende enteramente del entusiasmo por la causa común, mientras que su organización interna se funda por completo en la independencia de los comités locales. La asociación hospitalaria, y centenares de organizaciones parecidas, que operan en grande escala y ocupan un campo extenso, pueden mencionarse también en este concepto; pero, mientras sabemos todos lo que pasa con los gobiernos, ¿qué sabemos acerca de los resultados obtenidos por la cooperación libre? Miles de volúmenes se han escrito para conmemorar los actos de los gobiernos, la más insignificante mejora debida á la ley se apunta en la historia, sus buenos efectos se exageran y los malos se cubren con el silencio. ¿Pero dónde está el libro que recuerde lo que se ha llevado á cabo por la libre cooperación de hombres inspirados en el bien? Al mismo tiempo, centenares de sociedades se constituyen cada día para la satisfacción de una ú otra de las infinitas necesidades del hombre civilizado. Tenemos sociedades para toda clase de estudios posibles, abarcando unas todo el campo de la ciencia natural, mientras que otras se limitan á una pequeña rama especial; sociedades de gimnasia, de taquigrafía, de estudios sobre un autor determinado, de juego y de toda clase de diversiones, de fomento de la ciencia de conservar la vida y de fomentar el conocimiento de los medios de destruirla, sociedades filosóficas é industriales, artísticas y anti-artísticas, de trabajo sano y de puro recreo, en fin, no hay ninguna dirección en que los

hombres puedan ejercer sus facultades sin que se junten para conseguir algún fin común. Cada día se forman sociedades nuevas, y cada año las viejas se juntan para formar unidades más grandes, federándose á través de las fronteras nacionales para cooperar en algún trabajo común.

El rasgo más notable de estas innumerables uniones libres, es que continuamente invaden lo que antes era de dominio del Estado ó del Municipio. Un padre de familia de una aldea suiza á orillas del lago de Ginebra, pertenece ahora al menos á una docena de sociedades distintas que le proveen de lo que en otras partes se considera como función de la administración municipal. La libre federación de comunidades independientes para fines temporales ó permanentes constituye el fondo de la vida suiza, y á estas federaciones gran parte de este país debe sus caminos y fuentes, sus ricos viñedos, sus bien guardados bosques y prados, que el extranjero admira, y además de estas pequeñas sociedades que reemplazan al Estado hasta cierto punto, no vemos también que otras sociedades hacen lo mismo en una escala mucho mayor. Todo ciudadano alemán está orgulloso del ejército alemán, pero pocos saben la cantidad de fuerza que saca de las numerosas sociedades privadas para estudios, ejercicios y juegos militares y pocos son también los que comprenden que su ejército sería una masa incoherente de individuos el día en que cada soldado dejara de inspirarse en los sentimientos que le animan hoy. En Inglaterra, hasta la tarea de defender el territorio, esto es, la principal función del Estado, es empresa de voluntarios, que seguramente resistiría á cualquier ejército de esclavos de un déspota militar. Hasta se ha hablado seriamente de constituir una sociedad privada de las costas de Inglaterra. Cuando se constituya será un arma más eficaz para la defensa que los acorazados de la armada. Una de las sociedades más notables que ha surgido recientemente, es, sin duda, la de la Cruz Roja. Degollar á los hombres en los campos de batalla queda á cargo de los Estados, pero esos mismos Estados se reconocen incapaces de cuidar de sus propios heridos; abandonan esta tarea en gran parte á la iniciativa privada. ¿Qué diluvio de burlas se habrían derrochado sobre el pobre utopista que veinticinco años atrás hubiera dicho que el cuidado de los heridos se entregaría á sociedades privadas? Nadie iría á los puntos de peligro, todos los hospitales se colocarían donde no harían falta, las rivalidades nacionales darían por resultado que los pobres soldados morirían sin socorro, etc., habrían dichos unos ú otros. La guerra de 1871 ha demostrado lo perspicaces que son aquellos profetas que nunca creen en la inteligencia, abnegación y buen sentido de la humanidad.

Estos hechos tan numerosos y vulgares que los vemos sin darnos cuenta de su existencia son, á nuestro entender, uno de los rasgos más prominentes de la segunda mitad de nuestro siglo. Los mencionados organismos brotaron tan naturalmente, se extendieron con tanta rapidez y se agregaron con tanta facilidad, son tan inevitables resultados de la multiplicación de las necesidades del hombre civilizado y sustituyen tan bien la intervención del Estado, que debemos ver en ellas un nuevo

factor de nuestra vida. El progreso moderno va encaminado realmente hacia la asociación libre de individuos libres, hasta suplantarlo al gobierno en todas aquellas funciones que antes le estaban confiadas y que generalmente cumplía tan mal.

Por el contrario el régimen parlamentario y el régimen representativo en general van decayendo rápidamente. Los pocos filósofos que ya han demostrado sus defectos, no han hecho más que apuntar tímidamente el creciente descontento público. Se va haciendo evidente, que es simplemente estúpido elegir á unos pocos individuos para confiarles la tarea de hacer leyes sobre todos los asuntos posibles, de que los más de ellos son enteramente ignorantes. Se empieza á comprender que el gobierno de las mayorías es tan defectuoso como cualquier otra clase de gobierno, y la humanidad busca y encuentra nuevos métodos para resolver las cuestiones pendientes. La Unión Postal no ha elegido un parlamento postal internacional para que haga leyes obligatorias para todos los adherentes á la Unión. Los ferrocarriles de Europa no han elegido un parlamento ferrocarrilero para regular la marcha de los trenes y el reparto de los ingresos del tráfico internacional; tampoco eligieron parlamentos meteorológicos ó geológicos las sociedades respectivas de Europa para instalar estaciones polares ó establecer una subdivisión uniforme de las formaciones geológicas y una coloración igual de los mapas. Procedieron por medio de acuerdos: para avenirse recurrieron á los congresos; pero al enviar delegados á sus congresos no eligieron miembros de parlamento buenos para todo, ni les dijeron votad lo que queráis, nosotros obedeceremos. Propusieron problemas y los discutieron primero ellos mismos, luego enviaron delegados enterados de la cuestión especial que se había de discutir en el congreso, y enviaron *delegados*, no *gobernantes*. Sus delegados regresaron del congreso, no con *leyes* en sus carteras, sino con *proposiciones de convenios*. Este es el camino que se adopta ahora,—por lo demás camino muy antiguo,—para tratar de las cuestiones de interés público, no el camino de fabricar leyes de un gobierno representativo. Este ha cumplido ya su misión histórica, ha asestado un golpe mortal al gobierno cortesano, y por sus debates ha despertado el interés por las cuestiones públicas; pero ver en él el gobierno de la futura sociedad socialista sería cometer un error grave. Toda fase económica de la vida tiene su propia fase política. Es imposible tocar las bases de la vida económica actual, la propiedad privada, sin el cambio correspondiente de las bases de la constitución política. La vida enseña ya la dirección en que se hará el cambio, no aumentando los poderes del Estado, sino recurriendo á la libre organización y libre federación en todas aquellas ramas que ahora se consideran atribuciones del Estado.

Las objeciones á todo esto son fáciles de prever, se dirá naturalmente, ¿pero qué se hará con aquellos que no cumplan con sus convenios? ¿qué se hará con los que no quieran trabajar ó con los que rompen las leyes escritas ó,—para hablar desde el punto de vista anarquista,—las costumbres no escritas de la sociedad? La anarquía puede ser buena para una

humanidad superior, pero no sirve para los hombres de nuestros tiempos.

En primer lugar, hay dos clases de convenio; uno en que se entra por libre consentimiento, como elección libre entre diferentes cursos que están igualmente abiertos para cada una de las partes concordantes, y hay el convenio forzoso, impuesto por una parte á otra y aceptado por esta última por pura necesidad; dejando de ser convenios, siendo simple sumisión á lo ineludible. Desgraciadamente la gran masa de lo que ahora se califica de convenio pertenece á esta última categoría. Cuando un trabajador vende su trabajo al que le emplea y sabe perfectamente que alguna parte del valor de su producto le será quitada injustamente por el que le ocupa, cuando lo vende sin la más mínima garantía de quedar empleado siquiera durante seis meses continuos y se halla obligado á hacerlo, porque de lo contrario él y su familia no tendrían que comer á la semana siguiente, es una triste broma llamar á esto un contrato libre. Los economistas modernos pueden llamarlo así, pero el padre de la economía política, Adan Smith, nunca incurrió en semejante falsedad. Mientras tres cuartas partes se hallan obligados á admitir semejantes convenios, naturalmente se necesita fuerza para hacer cumplir los supuestos convenios y mantener semejante estado de cosas. Fuerza y mucha fuerza para impedir á los obreros de apoderarse de lo que consideran injustamente retenido por los pocos, y fuerza se necesita para meter á nuevas naciones incivilizadas en las mismas condiciones. El partido de no fuerza de Spencer comprende esto perfectamente, y mientras abogan por ninguna fuerza para cambiar las condiciones existentes, abogan por todavía más fuerza de la que se usa hoy para sostenerlas. En cuanto á la anarquía, es evidentemente tan incompatible con la plutocracia como con toda otra clase de *cracia*. Mas no vemos la necesidad de la fuerza para hacer cumplir convenios aceptados libremente. Nunca hemos oído hablar de una pena impuesta á un hombre perteneciente á la tripulación de un salvavidas y que en un momento dado prefirió dejar la asociación. Todo lo que sus compañeros harían con él si fuera culpable de una negligencia grave, sería probablemente negarse en adelante á tener tratos con él. Tampoco hemos oído que se hayan impuesto multas á un contribuyente al diccionario de Murray por un retardo en su trabajo, ni de guardia civiles que hayan llevado á los voluntarios á los campos de batalla.

En cuanto á la objección tantas veces repetida de que nadie trabajaría si no fuera obligado á ello por pura necesidad, la hemos oído mucho antes de la emancipación de los esclavos de América, así como de los siervos en Rusia, y hemos tenido ocasión de apreciarla en su justo valor; así que no trataremos de convencer á los que se convencen solamente por los hechos consumados. En cuanto á los que racionan deben saber que si realmente sucedió con alguna parte de la humanidad en un estado más bajo,—por lo demás ¿qué sabemos nosotros de eso?—ó si sucede en alguna comunidad pequeña ó con individuos aislados llevados á la desesperación por un fracaso sufrido en la lucha contra condiciones desfavorables, no sucede lo mismo con la masa de las naciones civilizadas. Entre

nosotros el trabajo es una costumbre y la holgazanería un producto artificial. Naturalmente, cuando el ser trabajador manual significa estar obligado á trabajar toda la vida diez ó más horas diarias para producir alguna parte de algo, v. gr., una cabeza de alfiler; cuando significa recibir un salario con el cual una familia puede vivir solamente á condición de limitar á lo más estricto sus necesidades; cuando significa estar siempre bajo la amenaza de perder la ocupación mañana, y sabemos lo frecuente que son las crisis industriales y la miseria que implican; cuando significa en muchísimos casos la muerte prematura en un hospital ú hospicio; cuando el ser trabajador manual significa toda su vida el estigma de la inferioridad á los ojos de aquella misma gente que viven del trabajo de sus operarios; cuando significa siempre la renunciación á todos aquellos goces superiores que la ciencia y el arte dan al hombre, entonces no es extraño que todo el mundo, y el obrero manual de la misma manera, no tenga más que un sueño, el de elevarse á una condición, la de que otros trabajen por él. Cuando veo á escritores que se jactan de que ellos son trabajadores y escriben que los obreros manuales son una raza inferior de gente haragana é imprevisora, me vienen ganas de preguntarles, pues ¿quién ha hecho todo lo que veis alrededor vuestro, las casas en que vivís, las sillas, las alfombras, las calles que disfrutáis, la ropa que lleváis? ¿quién construyó las universidades en que os han enseñado y quién os proveyó de alimentos durante vuestros años escolares, y qué sería de vuestra gana de trabajar en las condiciones mencionadas toda vuestra vida en cabezas de alfiler? Sin duda dirían de vosotros que sois unos haraganes. Yo afirmo que ningún hombre inteligente que conozca bien la vida de las clases obreras de Europa puede dejar de admirar su voluntad para el trabajo en semejantes condiciones abominables.

El exceso de trabajo repugna á la naturaleza humana, no el trabajo; el exceso de trabajo para proporcionar lujo á unos pocos, no el trabajo para el bienestar de todos; el trabajo de la colectividad es una necesidad fisiológica, la necesidad de gastar energía corporal acumulada, necesidad que es la salud y la vida misma. Si en tantas ramas de trabajo útil se trabaja ahora con repugnancia, es simplemente porque se trata de exceso de trabajo, ó porque está impropriamente organizado. Pero sabemos, el viejo Franklin ya lo sabía, que cuatro horas de trabajo útil cada día sería más que suficiente para proporcionar á todo el mundo las comodidades de una casa bastante acomodada de la clase media, si nos entregásemos todos á un trabajo útil, sin malgastar nuestras fuerzas productoras, como las malgastamos ahora. En cuanto á la pregunta pueril, que durante cincuenta años se viene repitiendo, de quién hará el trabajo desagradable, siento francamente que ninguno de nuestros sabios haya sido obligado á hacerlo un día de su vida. Si todavía hay trabajo que realmente es desagradable en sí, es solamente porque nuestros hombres científicos no se han molestado nunca en pensar en los medios de hacerlo menos desagradable, siempre sabían que había una multitud de miserables que lo haría por pocos céntimos al día.

En cuanto á la tercera objeción, la principal, que afirma la necesidad de un gobierno para castigar á los que infringen la ley de la sociedad, hay tanto que decir acerca de esto, que apenas se puede tratar incidentalmente. Cuanto más estudiamos esta cuestión, más se nos impone la conclusión que la sociedad misma es responsable de los actos anti-sociales perpetrados en su seno, y que ningún castigo, ninguna cárcel ni ningún verdugo puede descubrir el número de semejantes actos, sino la reorganización de la sociedad misma. Tres cuartas partes de todos los hechos que cada año ocupan á nuestros tribunales, tienen su origen directo ó indirecto en el actual estado de desorganización de la sociedad con respecto á la producción y distribución de la riqueza, no en la perversidad de la naturaleza humana. En cuanto á los relativamente pocos actos anti-sociales que resultan de las inclinaciones anti-sociales de algún individuo, no podemos disminuir su número por medio de las cárceles, ni aún recurriendo al verdugo; por nuestras cárceles, al contrario, los multiplicamos y los hacemos peores; por nuestros polizontes, nuestros alguaciles, nuestras ejecuciones y nuestras cárceles, esparcimos en la sociedad una corriente tan terrible de las más bajas pasiones y costumbres, que el que pudiera hacerse cargo de los efectos de estas instituciones en toda su extensión, quedaría espantado de lo que la sociedad está haciendo bajo el pretexto de mantener la moralidad. Hemos de buscar otros remedios y estos remedios se han indicado hace tiempo.

Naturalmente ahora, cuando una madre buscando alimento y abrigo para sus hijos ha de pasar por delante de tiendas llenas de las más refinadas golosinas de los gastrónomos; cuando un lujo pomposo é insolente se ostenta al lado de la miseria más dolorosa; cuando el perro y el caballo de un hombre rico están mejor cuidados que millones de niños cuyas madres ganan un miserable salario en la mina ó la fábrica; cuando todo modesto traje de sociedad de una señora representa ocho meses ó un año de trabajo humano; cuando el enriquecimiento á costas de alguien es el objeto admitido de las «clases superiores» y ningún límite definido puede trazarse entre los medios honrados y no honrados de hacer dinero, entonces la fuerza es el único medio de mantener semejante estado de cosas, entonces un ejército de polizontes, jueces y verdugos se hace una institución necesaria.

Pero si todos nuestros niños (todos los niños son *nuestros* niños) recibiesen una instrucción y educación sana, para lo cual tenemos los medios; si cada familia viviese en una casa decente, lo cual es posible dado el nivel elevado de nuestra producción; si á cada niño y á cada niña se les enseñara un oficio al mismo tiempo que se les da una instrucción científica y se considerase como signo de *inferioridad* el *no* ser un productor *manual* de riqueza; si la gente viviera en contacto más íntimo unos con otros y tuviera que ponerse continuamente en contacto acerca de los negocios públicos que ahora están á cargo de unos pocos, y si á consecuencia de este contacto más estrecho tomásemos un interés tan vivo en los apuros y pesares de nuestros vecinos como antes tomábamos

con nuestros parientes, entonces no recurriríamos á polizontes y jueces, á cárceles y ejecuciones. Los actos anti-sociales se prevendrían en ciertos, sin castigos; las pocas contiendas que surgirían se arreglarían por árbitros y no se necesitaría más fuerza para hacer cumplir sus fallos que la que se requiere ahora para llevar á efecto las decisiones de los tribunales de familia de China ó los de las aguas de Valencia.

Con esto nos vemos abocados con una cuestión importante: ¿Qué sería de la moral de una sociedad que no reconociera ninguna ley y proclamara la plena libertad del individuo? Nuestra contestación es sencillísima. La moral pública es independiente de la ley y de la religión, siendo anterior á estas cosas. Hasta ahora la enseñanza de la moral iba acompañada de la religiosa, mas el influjo que las doctrinas religiosas ejercían antes sobre la mente, se ha desvanecido últimamente, y la sanción que la moral recibía de la religión ya no tiene la fuerza que tenía antes. En nuestras ciudades hay millones de individuos que han perdido la antigua fe. ¿Es esta una razón para echar sobre bordo la moral y tratarla con el mismo sarcasmo que la cosmogonía primitiva?

Evidentemente que no. No es posible sociedad alguna sin que se reconozcan ciertos principios de moral. Si todo el mundo se acostumbrara á engañar al prójimo, si nunca pudiésemos fiarnos de las promesas y palabras, si cada cual tratase á su vecino de enemigo contra el cual ha de pelear de cualquier manera, no podría existir ninguna sociedad. Y en efecto, vemos que á pesar de la decadencia de las religiones, los principios de la moral quedan en pié. Hasta vemos que los pueblos sin religión tratan de elevar el nivel de la moral. El hecho es que los principios morales son independientes de las creencias religiosas; son anteriores á las mismas. Los chukchis bozales no tienen religión, si bien supersticiones y temor de las fuerzas hostiles de la naturaleza, y sin embargo encontramos entre ellos los mismos principios de moral que los que enseñan los cristianos y los budhistas, los musulmanes y los judíos. Algunos de sus usos implican hasta un nivel moral mucho más elevado de moral brava que el de nuestra sociedad civilizada. En efecto, toda religión nueva toma sus principios morales del único fondo real de moralidad, las costumbres morales que brotan de la vida común de los hombres en tribus, ciudades ó naciones. No hay sociedad animal posible sin que resulten ciertos hábitos morales de socorro mutuo y hasta de abnegación en pro del bienestar común. Estos hábitos son una condición indispensable para la bienandanza de la especie en su lucha por la vida, siendo la cooperación de los individuos un factor mucho más importante en la lucha por la conservación de la especie que la cacareada lucha física de los individuos por los medios de subsistencia. Los más aptos en el mundo orgánico son los que se acostumbran á la vida social, y ésta implica forzosamente hábitos morales. En cuanto á la humanidad, ha desarrollado durante su larga carrera en su seno un núcleo de hábitos sociales, de hábitos morales que no pueden desaparecer mientras haya sociedades humanas; de modo que, á pesar de los influjos contrarios que están obran-

do actualmente á consecuencia de nuestras condiciones económicas presentes, el núcleo de nuestros hábitos morales continúa existiendo. La ley y la religión no hacen más que darles fórmula y sanción para encauzar su cumplimiento.

Las varias teorías sobre la moral pueden clasificarse en tres categorías principales: la moral religiosa, la utilitaria y la evolucionista, según la cual los hábitos morales son el resultado de las necesidades mismas de la vida social. Toda moral religiosa santifica sus preceptos declarándolos hijos de la revelación y trata de inculcar su enseñanza por promesas de recompensa ó amenazas de castigo en esta vida ó después. La moral utilitaria sostiene la idea de recompensa, sólo que la encuentra en el hombre mismo; induce al hombre á analizar sus placeres, á clasificarlos y á dar la preferencia á los que son más intensos y más duraderos. Hemos de reconocer, sin embargo, que este sistema que no ha dejado de ejercer cierta influencia, ha sido considerado demasiado artificial por la gran masa del género humano. Finalmente, hay el tercer sistema que vé en los actos morales, en los actos más eficientes para hacer á los hombres propios para vivir en sociedad, una pura necesidad de compartir los goces de sus hermanos lo mismo que sus sufrimientos, hábito y segunda naturaleza lentamente elaborada y perfeccionada por la vida en sociedad. Esta es la moral de la humanidad, es también la moral de la anarquía.

No podría aclarar mejor la diferencia entre los tres sistemas de moral, que repitiendo el siguiente ejemplo: Supongamos que un niño se está ahogando en un río á cuyas orillas se hallan tres individuos, el moralista religioso, el utilitario y el hombre del pueblo llano y liso. El hombre religioso se dirá que el salvar al niño le traerá dicha en esta vida ó en otra, y por esto salvando al niño es un buen especulador, nada más. El utilitario raciocinará de la siguiente manera: los goces de la vida pueden ser de clase superior ó inferior; salvar al niño me proporcionaría un gusto superior; echémonos al agua pues. Prescindiendo de si realmente puede existir un hombre que raciocine de semejante manera, también sería un mero calculista, y la sociedad haría mejor no fiándose de él, pues quién sabe qué sofisma le podría pasar un día por la cabeza. El tercero, finalmente, no se mete á calcular. Se ha criado en el hábito de alegrarse con los felices y de contristarse con los desgraciados. Obrar conforme sus sentimientos es su segunda naturaleza. Oye el grito de la madre, ve al niño luchando por la vida y se tira al río como un buen perro y salva la criatura gracias á la intensidad de sus sentimientos. Y al darle las gracias la madre, le contesta: «pero si no podía dejar de hacer lo que he hecho.»

Esta es la verdadera moral, la moral de la masa popular, la moral convertida en costumbre, que existirá á despecho de las teorías éticas de los filósofos y aumentará constantemente á medida que irán mejorando las condiciones de nuestra vida social. Semejante moral no necesita leyes para su mantenimiento. Es un producto natural fomentado por la simpatía general que todo adelanto hacia una moral más amplia y más elevada encuentra en todos los hombres sociables.

Tales son en conciso resumen los principios capitales de la anarquía. Cada uno choca contra una preocupación, y sin embargo cada uno es el resultado de un análisis de las tendencias de la sociedad humana misma; cada uno rebosa consecuencias é implica una revisión radical de muchas opiniones corrientes. Y no es una simple visión de un porvenir remoto. Ya ahora, cualquiera que sea la esfera de acción del individuo, puede obrar en concordancia con los principios anarquistas ó en oposición á los mismos. Y todo cuanto se haga en esta dirección será en el sentido del rumbo que va tomando el desenvolvimiento. Todo cuanto se haga en el sentido opuesto será una tentativa vana de forzar á la humanidad á seguir un derrotero que *no seguirá*.—PEDRO KROPOTKIN.

(*The Nineteenth Century*.—Ag. 1887).

LA LIQUIDACIÓN SOCIAL

AL oír esta fatídica palabra se estremecen los capitalistas y hasta los desheredados timoratos. Esos regeneradores, dicen, pretenden vivir sin trabajar y aspiran á robar á sus legítimos poseedores el fruto de sus trabajos y de sus penas. Diríase, al oírlos, que vivimos en pleno socialismo y que los dueños de la riqueza son precisamente los que fertilizan con su sudor y sus desvelos los espaciosos campos de la ciencia, de la agricultura y de la industria. Que sucede todo lo contrario, no hace falta siquiera demostrarlo.

Pero prescindiendo del erróneo concepto que tienen los burgueses de lo que será la liquidación social y haciendo caso omiso de la falsa opinión que abrigan acerca de sus radicales consecuencias, vamos á probar, auxiliados de la historia y de la ciencia, que es absolutamente necesaria la liquidación.

Empecemos por tratar la cuestión desde el punto de vista científico, y enunciemos el problema del modo más favorable á los intereses capitalistas. Supongamos que no existan en la actualidad injusticias sociales, que no sobrevengan conflictos políticos ni económicos, que todos los seres humanos se hallen dispuestos á cumplir las leyes fundamentales de la sociedad, como el derecho al interés compuesto y á la herencia, y que, por colmo de felicidad, exista en Londres, por ejemplo, un Banco Internacional, de cuyas equitativas operaciones respondan los gobiernos y los capitales todos. En tales circunstancias, coloco en dicho Banco y á interés compuesto, la ínfima cantidad de un real y nombro heredero para dentro de diez y ocho siglos al que sea entonces el hombre más pobre del lugar más pequeño de España. El capital K que le corresponderá entonces á ese feliz mortal viene dado por la fórmula $K = C \left(1 + \frac{i}{100} \right)^n$; dando á las letras sus valores y haciendo el exponente $n = 1800$, resulta una cantidad tan considerable, que transformándola en monedas de oro llenaría nada menos que 60 globos del tamaño de la tierra. Y nada digo del incremento que tomaría tamaña fortuna, si en vez de colocar yo mi modesto realito, colocara un capitalista como Mackay un centenar de mi-

llones de pesos de los 260 millones que próximamente posee en la actualidad. Todo el sistema planetario no alcanza dos millones de volúmenes terrestres, así es que dándole entonces al afortunado heredero de Mackay el sol, los planetas y satélites, comprendidas la tierra y la luna, todo eso transformado en oro, aún no se le habría llegado á pagar la millonésima parte de lo que se le debiera *legalmente*, ya que leyes son el interés y la herencia.

Los economistas contestarán á buen seguro que antes que esto ocurra, habrán sobrevenido grandes cataclismos sociales, *vulgo liquidaciones*, en los cuales habrán naufragado mi realito y sus beneficios. Es la única contestación que pueden dar al argumento que precede, pues son pocas las contestaciones que lógicamente admiten los números. Luego la liquidación social se impone por el mero hecho de ser anti-científicas las bases en que descansa la sociedad. ¿Cuál es, pues, el derecho y hasta el deber de los que se preocupan por el bienestar de la humanidad? Procurar que dicha liquidación se haga bajo bases equitativas, completamente opuestas á las que rigen en la actualidad. La Edad Media no se cuidó de resolver la cuestión social, y por esto la liquidación de aquella época, la cristiana de los bárbaros, fué sangrienta, como sangrienta será la que *los hechos mismos* preparan, si no abandonan su proceder egoísta los detentadores de la propiedad y del capital.

Pero acudamos á la Historia, esa anciana cuya misión es prevenir los males futuros con el ejemplo de los pasados, aunque por desgracia nadie atiende á sus previsoras enseñanzas.

Al sucumbir el imperio romano, dice Malon, estuvieron á punto de desaparecer todas las conquistas filosóficas, artísticas y morales, realizadas hasta entonces, pero quedó en pié la gran iniquidad social, la esclavitud anterior y posterior á la dominación romana.

Durante el reinado del primer emperador católico Teodosio, empezó la liquidación social cristiana. Dueños del poder, cebáronse los católicos en la vetusta sociedad romana. Corrió la sangre en abundancia, las riquezas fueron arrebatadas á sus dueños, los edificios, los templos, las estatuas, todos los monumentos de la riquísima inspiración artística helénica y latina desaparecieron bajo las ruinas ocasionadas por turbas estúpidas guiadas por frailes ignorantes y sanguinarios. El Estado procura siempre dar á sus fechorías una apariencia de legalidad, así es que Teodosio puso á votación en el Senado los nombres de Júpiter y Cristo. La mayoría era pagana, pero los senadores sabían lo que les esperaba si desobedecían al César, y el resultado de la votación fué favorable á Jesús. Después de este acto empezó en toda regla la liquidación cristiana continuada por el cristiano Alarico y sus godos, los cuales entraron en Roma el 24 de Agosto de 410.

El robo y la matanza duraron seis días y seis noches. La obra de Alarico fué continuada á su vez por los vándalos del cristiano Genserico, los cuales empezaron por saquear á Roma durante catorce días y catorce noches. La liquidación social cristiana tuvo, pues, tres factores principa-

les: los católicos del imperio romano, amparados por los emperadores Teodosio, Valerio y Justiniano II; los godos de Alarico y los vándalos de Genserico. En ella se distinguieron por su celo feroz y destructor los frailes y los obispos. San Martín, obispo de Tours, recorrió la Francia destruyendo las bellezas de la civilización greco-romana. Lo propio hizo en el Asia Menor el obispo de Apamea, San Marcial, entrando por doquier á sangre y fuego. Tampoco fueron respetados los mejores monumentos artísticos de Roma, de Atenas y de Alejandría. La biblioteca de los Tolomeos, único archivo de la ciencia y de la filosofía de la Antigüedad, fué incendiada por los frailes que dirigía el arzobispo Teófilo. El turco Omar, á quien algunos historiadores acusan de este crimen salvaje, sólo quemó, tres siglos más tarde, lo poco que habían dejado los cristianos.

A la liquidación social cristiana van unidos los nombres del franco-católico Clodoveo y del ostrogodo cristiano Teodorico.

Como se vé, en la liquidación del mundo antiguo, para nada intervinieron la ciencia y la justicia, las cuales fueron vilmente atropelladas.

Procuremos que la liquidación que se prepara se verifique bajo bases científicas, humanitarias y equitativas.—T

POLÍTICA PALPITANTE

Situación político-económica de los Estados europeos.—Disposición belicosa de cada uno.—Alianzas franco-ruso-turca y austro italo-germánica.—Anacronismo de estas alianzas.—Situación de Inglaterra.—La diplomacia bismarckiana.—El militarismo.—Principio del fin.—Inminencia de una guerra continental.—Proporciones que puede adquirir y resultado á que puede llegar.—Breve consideración final.

EL horizonte político, en el momento que escribimos este artículo, se presenta sumamente cargado de electricidad y amenaza desencadenar en horrenda y furiosa tormenta. Cada nación procura por su parte disponer de la mayor cantidad posible de numerario para subvenir á las eventualidades que de un momento á otro pueden presentarse, y aceptando como buena la máxima inglesa de que la mejor arma para ganar una guerra es el dinero, contratan empréstitos y elevan los presupuestos de guerra y marina á infinidad de millones.

A esto la clase contribuyente, que ve desaparecer en un fondo sin fin el dinero y que ve que las exacciones se suceden sin interrupción unas á otras, muéstrase prevenida y recelosa, no sin protestar en cierto modo de la manera descarada que se usa para hacer efectiva la recaudación de la cantidad fijada en el presupuesto de ingresos de cada Estado. Como es natural, para desvanecer este mal efecto los gobiernos ponen en juego los resortes de la política y con sus efectos de relumbrón evitan, aunque sea momentáneamente, el triste efecto producido por la mala situación económica, consiguiendo, así, adormecer el latente espíritu de protesta.

Así vemos á Alemania que comienza por rechazar el papel ruso, y bajo pretexto de una expectativa de guerra, ya con Rusia, ya con Francia, ya con ambas á la vez, imponer al Reichtag los enormísimos presu-

puestos propuestos por Bismarck. Vemos á Francia adquirir nuevos materiales de guerra y á cada ejercicio económico aumentar sus presupuestos por los solos conceptos de guerra y marina, y á Italia y á Austria adquirir nuevos barcos, fusiles y cañones para contrarrestar la preponderancia de las otras potencias. No por esto duerme Rusia, pues á pesar de lo inmenso de sus fronteras, artilla, según los últimos adelantos, todas sus plazas fuertes para ponerlas á cubierto de cualquier ataque ó bien para tomar la ofensiva si lo cree oportuno.

La situación política, como es natural, debe girar bajo este pié forzado, y por lo tanto queda supeditada casi en absoluto á la expectativa de una guerra.

A este movimiento no es todo lo indiferente que pudiera creerse la masa popular, y á él se asocia según el grado de afinidad ó simpatía que le une con la política internacional que le liga con su gobierno.

Así como en Francia es del todo popular una guerra con Alemania para conseguir la rehabilitación de las derrotas de la pasada guerra, y de ser también en Alemania aceptada de buen grado, sea con la nación que fuere, por creer que son ellos el pueblo más fuerte de la tierra, y de ser simpático en Austria al elemento germánico una guerra contra Rusia, no le sucede así á Hungría y á los diversos pueblos vecinos á aquel heterogéneo Estado, y que, ya sea por simpatía de lo que se ha dado en llamar intereses de *raza* ó ya por odio á sus opresores, aspiran á que se aflojen un poco los lazos que les ligan para proceder cada cual conforme á sus ideas. Y si de aquí pasamos á Italia, encontraremos bien determinadas dos tendencias que son diametralmente opuestas; á la par que el elemento oficial, para vengarse de las humillaciones que le ha hecho pasar Francia, busca la alianza defensiva y ofensiva con los imperios del centro de Europa, que son Austria y Alemania, el elemento *irredentista* no cesa en su propaganda y no desperdicia ocasión de recordar su odio al Austria, su antigua tirana, y al mismo tiempo de manifestar su deseo de recobrar las provincias latinas que aun retiene ésta. Por deducción se sigue que este elemento ha de buscar un punto de apoyo el cual es Francia.

Ahora bien, para seguir bien con sus respectivos intereses cada soberano ó cada gobierno ha buscado su alianza, y así hemos visto concertarse últimamente la alianza franco-ruso-turca para contrarrestar á la italo-austro-germánica.

No queremos tratar extensamente este punto, capaz por sí sólo de ocupar algunos volúmenes; queremos, sí, aunque sea ligeramente, analizarlo un poco.

De un lado la alianza franco-ruso-turca. Como si dijéramos un hombre libre, un salvaje y un esclavo que conciertan sus intereses, que absolutamente nada tienen de comunes, como no sea el miedo que les puedan inspirar aislados las potencias rivales unidas.

Y de otro lado la italo-austro-germánica, que produce el mismo efecto que una asociación de lobos que esperan la destrucción de sus rivales para después destruirse á sí mismos; toda vez que Alemania ansía la des-

aparición de Austria para abarcar todo el elemento alemán y Austria desea la destrucción de Alemania para empuñar el cetro germánico que se le escapó de las manos, y después Italia que si nada tiene que vengar de Alemania tiene mucho que vengar de Austria, forman la triple alianza que parece ser el bota-fuegos dispuesto para encender la guerra continental.

A todo esto debe agregarse la actitud expectante de Inglaterra, aislada de las demás pero solicitada por todas. Caso excepcional el suyo, pero provechoso para ella. Por simpatía política su interés está con Francia, pero no puede entrar á formar parte de la alianza con Rusia, su rival y mortal enemiga. Sus intereses en Asia se lo impiden, y, por consiguiente, es punto menos que imposible que se incline á este lado. Más probable parece el otro, pero tiene en cuenta que Alemania puede ser un vecino peligroso, pues así como hoy es una potencia militar de primera fuerza, podría convertirse en potencia marítima, y sus costas, no muy lejanas unas de otras, podrían en caso preciso ser invadidas por un numerosísimo ejército. A Inglaterra le conviene evitar este peligro, y si no puede formar parte de la alianza franco-ruso-turca para destruir á Alemania y á Austria, tampoco le conviene la destrucción de Francia. Sin embargo, aun á costa de Turquía le convendría la destrucción de Rusia, su poderosa rival en Asia, y por todas estas razones su situación es expectante. Por de pronto obtendrá dos resultados: evitar cuantiosas pérdidas, y el poder aprovechar la ocasión de hacer su negocio, ya sea vendiendo el material de sus arsenales ó ya apoderándose de alguna porción de territorio.

Conociendo perfectamente Bismarck la cuestión, ha procurado hábilmente atraerse la cooperación de la orgullosa Albión, y para esto ha puesto en juego toda su astucia y diplomacia sin poder, hasta el presente, ver satisfecho su anhelo.

Viéndose así, frente á frente, cada cual ha procurado sacar recursos de su propia flaqueza, y por consiguiente ha llegado á convertir la nación en un inmenso cuartel. No importa que los campos queden yermos, que la industria vea convertidos á sus más hábiles artistas en estúpidos matasietes y que las familias vean desaparecer su más firme apoyo y que por esta causa el hambre les lleve prematuramente á la fosa. Nada de esto importa; la cuestión es poder decir: Alemania cuenta con *un millón doscientos mil hombres* en servicio activo, los que, junto con las reservas, forman un total de DOS MILLONES de combatientes disponibles para invadir en pocas horas cualquier Estado. Viéndose amenazadas de este modo Francia y Rusia hanse visto obligadas á hacer lo mismo, y así insensiblemente la *civilizada* Europa se ha convertido en inmensísimo cuartel.

¡Cuántas consideraciones se nos agolpan á la mente al ver este estado de cosas! ¡Cuántas enseñanzas nos tiene ya dadas la historia sobre estos casos! Pero es mejor que pasemos á los hechos guardando para otro lugar las consideraciones.

En este estado las cosas va siendo imposible á los Estados el sostener

á esta masa de hombres improductivos, de los cuales no se les puede, por el pronto, sacar ningún jugo, y no les queda, por lo tanto, otro recurso que licenciar al ejército ó hacer pagar los gastos al vecino.

Y la cuestión es peligrosa, toda vez que de dispararse el primer cartucho en la frontera franco-alemana vendría la complicación austro-rusa, y así insensiblemente unos por un lado y otros por otro harían de la Europa un inmenso campo de batalla, dejándolo convertido en vastísimo cementerio.

Ante tal expectativa cada hombre dejaría de ser tal y debería convertirse en tigre, y henos aquí que la humanidad en el último cuarto del siglo XIX habría llegado al paroxismo de su locura.

Pero no seamos del todo pesimistas y analicemos un nuevo elemento con el cual hasta el presente no se había contado.

Como factor importantísimo en caso de guerra no había sido tenido en cuenta hasta que en 1871 estalló en Francia el movimiento comunista, que, si quedó localizado en París fué porque la solidaridad de ideas no se había aun efectuado y que hoy, efectuado ésta, serían muchas las ciudades, no sólo de Francia, sino de Austria, de Alemania, de Italia, de Rusia, de Inglaterra, y hasta de la misma Turquía que, mientras se destruían los poderosos, ellos proclamarían la destrucción de todos los privilegios y de todas las tiranías, y que al volver precipitadamente el ejército á sus hogares para sofocar el movimiento por orden de sus tiranos aprovecharían las armas para apoyarle y consagrarle con toda su fuerza. No diremos que se efectuase en absoluto, pero cabe preguntar: ¿quién pudo llegar á prever que después de las inmoralidades y corrupciones del imperio Napoleónico y después de llegar los prusianos á los muros de París, se alzase á la vista de éstos tan majestuoso y tan valiente el movimiento comunalista?

¡Quién sabe! ¡Tal vez mañana retumbará el estampido del cañón y al día siguiente el socialismo implantará sobre las ruinas de los actuales Estados su eterna bandera de paz y de solidaridad!

Por nuestra parte hacemos fervientes esfuerzos para que llegue pronto este último día.—R.

ESTADO ACTUAL DE LAS ENERGÍAS CEREBRALES EN EL MUNDO CIVILIZADO

RECIENTEMENTE ha dado el Dr. Letamendi una conferencia con dicho título en un centro científico de Madrid.

Un periódico de medicina da una ligera reseña de esta conferencia, tan imperfecta, según el mismo redactor, en vista de la colosal importancia y originalidad de las ideas emitidas por el ilustrado conferenciante, que la hubiéramos dejado pasar desapercibida, esperando ocasión de poder leer íntegro este luminoso trabajo.

No obstante, en la referida reseña se incluyen unas páginas del material que el Dr. Letamendi prepara para una obra que proyecta, y tan

interesantes nos han parecido y tan útiles para el estudio y crítica de la sociedad presente, que hemos creído prestar un servicio á nuestros lectores presentándoles este trabajo.

Hélo aquí:

Notorias son mis convicciones en este punto desde la publicación de mi trabajo intitulado: *El pro y el contra de la vida moderna bajo el punto de vista médico-social* (1874), y puesto que en él queda elucidado el asunto en su aspecto psicológico, con aplicación á la salud y la longevidad en general, concretaréme en este capítulo á emitir un juicio sin ético acerca de la crisis que la vida propiamente encefálica atraviesa, por efecto necesario, ineludible, de la que sufre la vida del espíritu en nuestros tiempos.

Todas las señales son de que hemos entrado de lleno en un período de selección y adaptación cerebral el más grave, agudo y laborioso que la historia del linaje humano registra.

Las causas que han preparado y sostienen esta crisis son:

1.^a El progreso de las ciencias físico-matemáticas, el cual, por lo rápido y asombroso, y sobre todo por lo abreviador de tiempo y espacio, ha determinado en la vida ordinaria una aceleración de movimientos y una complicación de ritmos á que tan sólo los organismos cerebrales privilegiados pueden acomodarse.

Y esto es, para los más, una grave causa de perturbación, enfermedad y ruina del cerebro.

2.^a La aplicación de dicho progreso científico á toda industria, lo cual, al abaratar cada uno de los artículos, ha sugerido en el ánimo del consumidor el afán de adquirirlos y disfrutarlos todos; por donde, al compás que la satisfacción de cada necesidad, natural ó ficticia, principal ó secundaria, se abarata, vemos que el presupuesto total de la vida se encarece, precisamente merced á la baratura de cada particular producto. De esto nace la necesidad de rápido, incesante aumento de la renta personal ó privada, aumento que sólo los más inteligentes, diligentes y virtuosos pueden recabar del trabajo honrado, quedando la inmensa mayoría de las gentes en la alternativa de optar ó por la desesperación de la estrechez, ó por la apelación á inmorales ó criminosos procedimientos.

Y esto es, igualmente para los más, una causa de perturbación, enfermedad y ruina del cerebro.

3.^a Como consecuencia natural y funesta del precedente conflicto, la sofisticación y falsificación, hasta un extremo inconcebible, de todos los productos y todos los servicios destinados á satisfacer necesidades capitales de la vida, desde el pan del cuerpo al pan de la inteligencia, desde el servicio doméstico á la gerencia de la cosa pública, por ser la sofisticación y falsificación de productos y servicios el arbitrio más expedito y menos azaroso para acrecentar los beneficios de la propia industria, y hacer frente á la progresiva carestía de la vida y al creciente desenfreno de ilegítimas necesidades. Mas como nadie repara en que, mientras él defrauda en su industria á los demás, los demás á su vez le defraudan á él, cada cual en la suya, dase el peregrino caso de una total sociedad bastante inmoral, como productora, para defraudarse, y asaz mentecata, como consumidora, para no percatarse de ello, ni menos aún remediarlo. De donde resulta, concretándonos al orden de las primeras necesidades, que como ni el pan es pan; ni el vino, vino; ni el aceite, aceite; ni el queso, queso; ni la carne, carne; ni nada de cuanto se da, lo que se pide, originase de este mentiroso sustento una mentida nutrición que al cuerpo imprime marcadísimo sello de flaqueza, revelado, así en las materiales manifestaciones de la encarnadura, como en las morales del carácter, así por la falta de resistencia á las enfermedades del cuerpo, como por la ausencia de fortaleza en las tribulaciones del espíritu.

Y esto es también, para los más, una poderosísima causa de perturbación, enfermedad y ruina del cerebro.

Y 4.^a La desaparición del freno moral impuesto por el sentimiento religioso, sin que le haya sustituido ningún otro principio objetivo ó externo de subordinación del

espíritu á una norma imperativa de conducta, base única de la educación; lo cual ha dado á las causas segunda y tercera un impulso verdaderamente espantable, pues como quiera que el humano albedrío, ni albedrío ni humano es, si no obedece á un principio superior y común de disciplina, acontece que, sólo cuando subordinados somos libres, y que, en creyéndonos libres por fuero de desafuero, dejamos de serlo para convertirnos en esclavos, bien del propio deseo, bien de ajena sugestión. Por este concepto la metamórfosis, ó mejor dicho, el atavismo de los sentimientos y las costumbres es rapidísimo. No de generación en generación, de año en año, se nota el avance hacia lo que llamaré el «salvajismo de levita,» por carencia absoluta de toda educación moral.

Y todo esto es, para los más, por ser tan grave ocasión de desenfreno de pasiones, una causa directa y funesta de perturbación, enfermedad y ruina del cerebro.

Al multiplicarse unos por otros los efectos de estas cuatro causas que simultáneamente obran sobre los pueblos llamados cultos, engendran un número cada día mayor de criminales, locos, suicidas, jugadores, prostitutas, cínicos, funcionarios venales ó prevaricadores, con cargo á toda suerte de alteraciones de la masa cerebral, de esa nobilísima entraña que, por lo deleznable de su artificio y lo dispendioso y arduo de su trabajo útil, es la primera en sentir las decadencias y la última en aprovechar las restauraciones del organismo.

Y lo de menos es aun, en este orden de casos, el número de aquellos que, por lo extremados y manifiestos, traen alarmado al sentimiento público; lo grave, lo desconsolador es la cifra, increíble por su enormidad proporcional, de criminales que no lo parecen, por inaccesibles á la justicia; de locos que van tirando como cuerdos, por no ser aún certificable su locura; de suicidas que no creen serlo, por no advertir que se están matando; de jugadores que, por disimular su vicio, lo elevan á público oficio; de prostitutas que, con venderse por intrincada tramitación, no se reputan vendidas, y en fin; de toda suerte de falsificadores de su obligación, por sagrada que ésta sea, á quienes la sociedad considera y respeta como buenos, á sabiendas de que obran mal, sólo porque les ve consumados artistas en el difícil arte de hacerse premiar en honores y dignidades, actos y desafueros que tienen señalada como justa sanción un presidio.

Ante este espectáculo, no pocas personas muy sesudas, pero timoratas, creen poco menos que cercana la fin del mundo; quiero decir, la perdición de la sociedad; mas yo, por mi parte, y precisamente porque conservo la serenidad, no creo tal. No; la humanidad es todavía muy joven, digo mal, es aún muy niña para perderse ó aniquilarse; lo que está sufriendo hoy no es más que una de esas crisis que los médicos denominamos «enfermedades de crecimiento,» y como el cuerpo social, por estar compuesto de *elementos anatómicos racionales*, goza espontaneidad y halla en sí mismo energías salvadoras mientras le queda un solo componente sano, no puede morir en estos trances evolutivos, por arduos que ellos sean, como sucumbe el niño ó perece el cachorro de la leona ante el conflicto fisiológico de la dentición ú otro parecido.

Aquí lo que hay es lo que al principio dije: que estamos, no abocados, sino sumidos ya en un tremendo período de lo que hoy se llama selección, ó sea de una crisis de energías cerebrales, y que, dada la brusquedad con que esta crisis inició su agudez, hace apenas un siglo, por razón combinada del progreso científico y de la revolución política, hemos de ver llegar el número de lesionados del cerebro á millaradas, si no á millones, y en mayor proporción aún en los pueblos meridionales, así de Europa, como de América, que en los del Norte, por haber roto nosotros, los llamados latinos, muy rigurosas ataduras en ocasión en que era más rigurosa aún nuestra ignorancia. Todo lo cual, por vía directa de muerte, ó indirecta de esterilidad de los lesionados, traerá una sensible mengua en la población de las naciones civilizadas. Mas luego, ignoro cuándo—si bien es de presumir que en ello se invierta la próxima centuria—la descendencia nacida de los selectos, de los prevalescentes en esa crisis cerebral, proveerá á la repoblación del mundo culto; bien como los afortunados mamelones carnosos que, merced á su energía, escapan á los estragos de una gangrena, proveen á la ulterior restauración de lo perdido, y esa descendencia de los mejores será la que termine en bien los estragos causados por tan ardua y penosa crisis.

Entonces, agotadas para largo tiempo las fuentes de la invención—pues todo lo humano es finito é intermitente—quedará por siglos estacionado nuestro progreso material, como en su tiempo quedó el de los pueblos asiáticos.

Entonces la mayor cultura mostrará que, en toda industria, aquello que no es moral, no puede ser ni útil ni higiénico.

Entonces la noción de riqueza recobrará, en justa medida, su alcance ético, y no se juzgará rico ni aquel que menos necesidades sienta; pues esto es pobreza de sentir, ni tampoco á aquel que más elementos materiales de satisfacción reuna, pues esto por sí sólo puede asfixiar el espíritu, sino á aquel otro que procure adquirir honradamente todo cuanto le sea honesto apetecer, dada su condición social y el grado de cultura de la época en que vive.

Entonces, finalmente, el sentimiento religioso renacerá como naturalísima reacción provocada por la vacuidad misma del racionalismo, y constituirá, más aún que en tiempos pasados, el fundamento íntimo del sosiego del espíritu y de su acierto en la conducta.

Y tras esto vendrán siglos y más siglos á que nuestra vista no alcanza, porque el tiempo, con ser tan sutil cosa, parece como que tiene algo de densidad, y al intentar penetrarle en demasía, cierra horizonte. Lo único, pues, que resulta lícito afirmar es que toda ulterior evolución acaecida en muchos miles de miles de años ha de ser beneficiosa para la especie, ya que, si procedemos de Adán, progresar es ir en busca de una perfección perdida, y si procedemos del acaso químico, progresar es obtener á cada crisis mayor altura racional, y así deducimos que, bien sea por *redención*, bien por *evolución*, en todo caso hacia Dios vamos.

Por último, en lo que este pronóstico tiene de aflictivo para los contemporáneos, ni temo, ni deseo el acierto. Se trata del cumplimiento de una ley natural, y ante ella sólo cabe exclamar: *Dura lex, sed lex*. Si con esta reflexión los antiguos romanos se resignaban al acatamiento de las leyes humanas, bien podemos nosotros con ella resignarnos al acatamiento de las leyes divinas. Un solo recurso dealzada le queda á cada cual en el común conflicto: **MEJORARSE**, á fin de suavizar la crisis en beneficio de todos.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

VIII

El Cambio

HEMOS intentado probar en los capítulos anteriores que los tres primeros elementos á través de los cuales las actividades humanas se manifiestan para producir la riqueza, son la tierra, el trabajo y el capital.

Nosotros tenemos ahora que considerar los dos elementos restantes, que son el cambio y el seguro.

Si podemos demostrar que el cambio es uno de los elementos que ayudan la producción de la riqueza y que el cambiante es aquel que simplemente realiza una función industrial, dando al mismo tiempo una concepción clara del servicio que dicha función presta, habremos probado que el elemento llamado *cambio* verifica una función útil y que merece, por tanto, una cierta recompensa.

Si además demostramos que el cambio ha tenido una parte no equitativa en la distribución de la riqueza hasta nuestros días y señalamos los medios para que la función del cambio se verifique en lo futuro con gran ventaja para la sociedad, habremos prestado un servicio á la causa del trabajo en general y á la de cada trabajador en particular.

El trabajo, esto es, las actividades humanas, puramente inmateriales, operando sobre los productos de la tierra ú objetos materiales, resulta, como hemos visto, factor principal en la formación del capital.

Cuando el capital se ha formado, el cuarto elemento, el cambio, entra en la escena de las relaciones humanas en su orden natural como uno de los cinco elementos de la producción.

En el desenvolvimiento de las diferentes ramas de la industria se ha visto ventajosamente practicada la subdivisión del trabajo, por la sencilla razón de que un hombre, mediante su trabajo, produce mucho más de una factura particular que lo que necesita para su consumo y de otras muchas que necesita no produce nada. Este hecho sencillísimo es el que da origen al *cambio* y lo hace tan importante como los otros cuatro elementos, pero no más.

A fin de demostrar la necesidad del cambio no estará demás ampliar un poco el párrafo anterior, pues es muy importante, cuando se trata del movimiento obrero, determinar correctamente la subdivisión del trabajo como origen de la necesidad del cambio.

Supondremos, para mayor claridad, que un arrendatario cuya familia se compone de cinco individuos cultiva una tierra de cinco acres de extensión, de la que obtiene trigo, avena, centeno, patatas, ganado, manteca y toda clase de vegetales. Evidentemente produce mucho más de todas esas cosas que puede consumir toda su familia. En cambio necesita calzado, sombreros, ropas, lienzos, etc., y nada de esto produce.

Precisamente del mismo modo el zapatero hace muchos más zapatos de los que necesita, el sombrerero muchos más sombreros, el sastre muchos más trajes, el tejedor muchas más telas, el alfarero mucha más loza, etc. Pero ninguno de los citados industriales produce trigo, centeno, patatas, etc., y necesita todas estas cosas.

Es evidente, por tanto, que el arrendatario dará contento parte de sus granos, patatas, etc., al zapatero por una parte de sus zapatos, y el zapatero dará gustoso también y con justicia, parte de sus productos por una porción de los del arrendatario. Es igualmente indudable que el arrendatario hará lo mismo con el sombrerero, el sastre, el tejedor y el alfarero, y que éstos estarán á la recíproca.

El hecho de dar una parte de lo que uno tiene en abundancia por una parte de lo que otro tiene también de sobra, surtiendo á cada uno de lo que antes no poseía, lo cual es un beneficio mutuo para ambos, constituye lo que nosotros llamamos *cambio*.

El cambio, por tanto, puede ser considerado como la distribución de la riqueza ó lo que es producido por el trabajo. También puede designarse como ejercicio del trabajo en el transporte del capital de un lugar en donde no es necesario á otro en donde es demandado.

No es difícil comprender que el cambio es uno de los elementos en la producción de la riqueza como lo es el trabajo, y es tan útil como éste porque sin su ejercicio los hombres no podrían procurarse todo lo que es indispensable á la satisfacción de sus necesidades y placeres, así como no podrían gozar sus beneficios sin el ejercicio del trabajo.

Es necesario llamar aquí la atención del lector hacia ciertas definiciones que emplean los economistas, algunos de los cuales dicen que la economía política es la ciencia de la producción, la distribución y el consumo de la riqueza y luego hablan del productor y del consumidor como si existieran completamente separados el uno del otro.

Mas es evidente que los dos términos, productor y consumidor, son interconvertibles y no pueden ser separados, porque el productor es al mismo tiempo consumidor, no sólo de una parte de lo que produce, sino también de una parte de lo que producen muchos otros. Cuando afirman los economistas que los intereses del productor son opuestos á los del consumidor, olvidan ó no ven la identidad de intereses que existe entre todos los hombres.

A causa de ser el trabajo y el cambio dos funciones distintas se ha supuesto que los intereses de los productores y de los consumidores eran opuestos entre sí, pues mientras el trabajo parece representar la producción el cambio se presenta como representante del consumo. Esta apariencia es la que ha hecho á los economistas caer en el error.

El origen de este hecho es una falta de fuerza analítica. No ven los economistas la diferencia entre el trabajo del productor y el del cambiante, los cuales son al mismo tiempo productores y consumidores, y sus intereses son mútuos, y hé ahí todo. Ambos son trabajadores cuyo trabajo tiene un fin distinto.

Del mismo modo, al tratar del elemento *capital*, vimos que muchos confunden á éste con el capitalista y que, como los capitalistas cometen muchas enormidades contra los trabajadores, declaran al capital enemigo del trabajo, no haciendo distinción alguna entre el capital y el capitalista, el trabajo y el trabajador. Este hecho se origina también en una deficiencia del análisis lógico.

Cuando la riqueza ha sido producida por medio de la tierra, el trabajo y el capital, el cambio se hace posible y se verifica según distintos medios ó agentes, de los cuales los dos más importantes son el transporte y el dinero ó circulación. El transporte se efectúa por ferrocarriles, canales, carreteras y por los distintos vehículos que recorren toda clase de caminos. El ferrocarril es hoy el más importante de todos esos agentes, por lo cual puede decirse que es el camino real del siglo xix. El dinero es también un agente importante por ser ó porque debiera ser la representación de la riqueza, y siendo esta un producto y por tanto una representación del trabajo, el dinero deberá ser un signo que representara el trabajo ó servicio prestado.

Es evidente que si estos agentes ó medios de cambio son monopolizados, impidiendo por ello el libre ejercicio del cambio en interés de unos cuantos y en detrimento de los más; si la función del cambio es realizada por unos pocos en su interés exclusivo es igualmente cierto é indudable que este elemento llamado *cambio* obtiene para sí una parte mayor de la riqueza producida que la que en realidad y equitativamente le corresponde, y por tanto la injusticia existe, puesto que uno ó varios de los elementos citados, ya que no todos, obtienen menos de lo que debieran, y la tierra, el capital ó el trabajo son desposeídos de su justa porción correspondiente.

A fin de asegurar una distribución equitativa, es necesario poner á todos los productores de la riqueza que quieran cambiar en comunicación directa entre sí por medio de la misma organización del cambio y abolir todos los agentes intermediarios que no sean indispensables, los negociantes y mediadores, quienes porque realizan exclusivamente la función del cambio y en virtud de tal monopolio pueden gobernar los mercados, se han arrogado el poder de determinar, no solamente la recompensa para el cambio ó para sí mismos, sino que también para los demás elementos.

La división del trabajo, que determina en el hombre aficiones exclusivas hacia una rama particular de la manufactura industrial, encamina á otros ex-

pecialmente hacia el cambio; y los comerciantes, enseñando y predicando continuamente; han hecho creer al mundo que su propia función de cambio es de una importancia mucho mayor que la del obrero ó productor, y en virtud de esta creencia han robado á los trabajadores y establecido el presente sistema de feudalismo comercial.

Es indudable que la producción y el cambio son dos funciones sociales separadas y que la separación es ventajosa para todos; porque si el hombre que se consagra al trabajo se ve precisado á buscar un mercado para sus productos—en otras palabras, si se convierte también en cambiante—necesitaría perder tiempo, etc., por lo cual se reduciría su capacidad productora; mientras que de otro modo, si el cambiante tuviera que ocuparse en producir sería necesariamente incapaz de ocuparse en el cambio. Será, pues, necesario proveer al cambio del trabajo así como al de las comodidades. Esto es lo que vislumbraron los trabajadores franceses al fundar en París el cambio del trabajo.

El cambiante, por medio del monopolio, ha llegado á ser virtualmente el propietario de los productos del trabajo; y por esto, en lugar de desempeñar sus funciones honradamente para facilitar el cambio de dichos productos, se han convertido realmente en medios de coartar la facilidad del cambio. En primer lugar, por el monopolio de los ferrocarriles; segundo, por un monopolio parcial de la circulación, que es un medio de cambio; tercero monopolizando los productos del trabajo, explotando los mercados, etc.; cuarto, gobernando las empresas de vehículos y de navegación que se han visto obligadas, bajo la influencia del monopolio, á confabularse para impedir la legítima extensión de los negocios de las oficinas de comunicaciones.

La «Adams Express Company» se opuso á la conducción del correo á Washington cuando se le propuso transportar paquetes de cuatro libras de peso. La Dirección de comunicaciones debiera en buena lógica extender sus operaciones á toda clase de transportes y conducciones. Si es legal transportar cuatro libras, ¿por qué nó cinco ó seis? ¿Cuál es el límite? ¿Son las compañías de expresos las que han de decidir cuál es ese límite, ó son los directores de la Oficina de Comunicaciones de los Estados Unidos, como representantes de los intereses del pueblo?

Las compañías de ferrocarriles pretende dictar órdenes á la Dirección de Comunicaciones é intervienen la regularización de su establecimiento cuando rehusan contratar con ella el transporte de valijas de mercancías en sus rápidos trenes. Por esto desdeñan al gobierno y afirman que las colectividades no están sujetas al mismo sino que ellas son el verdadero gobierno y pueden por tanto dirigirlo.

Se permite que los ferrocarriles causen extorsión al productor regularizando el precio de los transportes según el capricho de las compañías, sin relación alguna con la circulación de mercancías, y con ello se explota y se perjudica escandalosamente á la industria.

El Estado de Massachusetts es el único que en los Estados Unidos ha afirmado la supremacía del Estado sobre el poder de las compañías de ferrocarriles por medio del establecimiento de un centro de comisionados de ferrocarriles, quienes, en su estadística de 1873, determinaron el coste actual del transporte en ocho centavos por cien millas para cada pasajero, afirmando al mismo tiempo que los ferrocarriles de aquel Estado estaban administrados pródiga y livianamente. La estadística de esa comisión está plenamente corroborada por las investigaciones hechas sobre la administración de los ferrocarriles de In-

glaterra, Francia y Bélgica que demuestran que en esos países cuesta solamente cinco centavos por cada cien millas para el transporte de un viajero.

Esta forma del monopolio continuará hasta que el pueblo se convenza de que los ferrocarriles y telégrafos son instrumentos de cambio y deben redundar en beneficio de la producción y del pueblo mismo en lugar de que esto suceda en provecho de un individuo ó de una corporación. Así como la circulación es un instrumento de cambio y se funda en el dinero y se monopoliza éste, el banquero se presenta de pronto y estorba la facilidad del cambio por razón de ese mismo monopolio.

Los monopolizadores, los que explotan el telégrafo, se interponen también á la libertad y facilidad del cambio. La consolidación de varias compañías se efectúa simplemente con objeto de robar al público. El capital total invertido en las líneas telegráficas de los Estados Unidos es próximamente treinta millones de pesetas, pero la emisión de acciones asciende á 80 millones.

Los gobiernos de Inglaterra y Bélgica han comprado las líneas telegráficas de los respectivos países y las han entregado á la administración de correos. No es en absoluto dudoso que el gobierno de los Estados Unidos siga el ejemplo dado por otras naciones. La cuestión se reduce naturalmente á saber si el gobierno las comprará á su coste actual ó las pagará según las acciones emitidas, ofreciendo así el patronato del gobierno como un premio á la estafa.

Entre el coste actual de la instalación de esas líneas y la suma que representa en acciones emitidas hay una diferencia de unos 50 millones de pesetas que el pueblo se cuidará de ver no vayan á parar á los bolsillos de los especuladores, monopolizadores y estafadores.

La práctica de explotar y embrollar los mercados es tan perjudicial para los intereses del pueblo, tanto que nosotros nos admiraríamos sobre manera de que los que tales mañas usan no fueran castigados como se merecen. Un ejemplo de esos manejos demostrará toda la vileza que encierran. Mientras en el invierno de 1873 á 1874 los mineros extraían el carbón á 90 centavos por tonelada, los comerciantes de New York, los monopolizadores confabulados, hacían el mezquino precio de 15 á 20 pesetas; y todavía esos hombres han hecho creer al pueblo que conceden un beneficio al trabajo al cuidarse de la operación del cambio.

Es bueno que los trabajadores se propongan reconocer el cambio como una función industrial simplemente, no más importante que el trabajo, merecedor de su recompensa equitativa, pero indigno de la parte principal de la riqueza producida.

Cuando el cambio esté organizado se verá que no es necesario hallar ganancias en los productos destinados á los consumidores, sino simplemente cubrir el importe de las operaciones de cambio ó, en otras palabras, pagar á los que se encarguen de dichas operaciones poniéndoles á disposición de los consumidores. El método comercial presente, con sus antagonismos y sus engaños, será suprimido.

Los Estados del Este están llenos de géneros y mercancías de todas clases; los centros están atestados de hierros y carbón; los del Oeste nadando en granos y carnes, y á pesar de esto, en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste los obreros se están muriendo de miseria. ¿Por qué? Porque la distribución de la riqueza es falsa y restringida, porque los medios de cambio se hallan por entero á disposición del monopolio y de la estafa.

MISCELÁNEA

Hoy que la emigración toma tan grandes proporciones, creemos útil dar una ligera idea de un trabajo que sobre la aclimatación de los europeos en los países tropicales ha presentado el Dr. Treille, profesor de la Escuela de Medicina naval de Francia á la Academia de Ciencias de París. Empieza demostrando que el europeo puede vivir en los países cálidos á condición de no violentar su naturaleza. Donde el europeo ha podido evitar las endemias de los ríos y pantanos, y el extremado calor y la humedad, se ha mantenido y ha procreado. La naturaleza en muchos puntos ha puesto el remedio al lado del mal: las alturas son la salvaguardia de la emigración europea. Después de un estudio minucioso de las modificaciones funcionales que los países cálidos ocasionan á los colonos recién llegados. Treille considera la tensión del vapor de agua como la principal influencia, siendo tanto más perjudicial el clima cuanto más elevada sea la tensión del vapor de la atmósfera. Pasando á consideraciones más prácticas, recomienda habitar los sitios elevados, siempre que sea posible, y terrenos de capas inclinadas que permitan el desagüe y la fácil circulación de las aguas subterráneas. Teniendo en cuenta la dirección de los vientos, prescribe sustraerse á la influencia de los terrenos de aluvión y principalmente á la de los pantanos. Revisa luego los materiales y los modos de construcción para crear un establecimiento duradero y que responda á todas las exigencias de la higiene tropical. La elección de los alimentos, es objeto de una crítica minuciosa. Lo que importa es prevenir al colono contra todo espíritu de sistema, ya considere que en nada deba cambiar sus costumbres ó, por lo contrario, quiera deliberadamente romper con ellas y adoptar rigurosamente los hábitos indígenas. Comer carne en cantidad moderada, dar preponderancia absoluta á los alimentos ligeros (carnes de ave poco grasas, huevos, pescados, arroz cocido), comer sin temor las legumbres verdes hervidas, y usar sólo con prudencia de los frutos tan abundantes en los trópicos: hé aquí las reglas generales de la alimentación. Treille clama contra el abuso de los condimentos é insiste en la necesidad de beber sólo durante las comidas y con la mayor moderación. El vino y las cervezas fuertes deben mezclarse con agua, y es ventajoso desechar por completo los licores y los alcoholes de más de 30°. El europeo puede hacer la siesta durante media hora después del almuerzo y durante tres cuartos de hora después de la comida. Además recomienda una práctica que no todo el mundo aceptará, y es tomar un baño frío ó una ablución general rápida al despertar de dormir. Es inútil repetir que el colono deberá evitar toda fatiga, en particular los excesos venéreos. Finalmente, Treille da prudentes consejos á los que quieran emigrar. Después de haber demostrado que era posible al europeo vivir en la zona tropical, no teme quitar toda ilusión á los que creen posible emplear en las colonias su fuerza y su actividad como lo hacían en el continente. El europeo emigrado no puede cultivar el suelo; ha de renunciar al penible trabajo de arar y trabajar la tierra, exponerse al sol y á la lluvia, gastar continuamente sus fuerzas. El europeo que crea que con la concesión de algunas hectáreas de terreno ó de selva virgen podrá con sus brazos adquirir una fortuna, está en un error y en un peligro. Su papel debe limitarse al de gerente de las propiedades ó establecimientos industriales, á dirigir la explotación agrícola ó de las minas sin entregarse á trabajo alguno que le exponga á los ardores del sol. Proporcionar el capital, vigilar su empleo, es el trabajo que le incumbe. Iniciador bondadoso de los indígenas, propagador de la civilización, sólo debe organizar y dirigir el trabajo.

Aplicando estos principios el europeo tendrá en su favor muchas probabilidades de éxito, individual y socialmente. Individualmente porque, apartándose de las fatigas físicas, se encuentra en mejor estado para resistir á las enfermedades del clima y, aunque en menor grado, á las endemias más graves. Socialmente porque si las condiciones económicas le son favorables, tiene en su inteligencia, su moral, en el capital que posea, y en sus relaciones con Europa la prenda segura del porvenir de su establecimiento.

Desgraciadamente estos consejos científicos, como casi todas las prescripciones de la higiene, son impracticables por la pésima organización de la sociedad. El emigrante

que abandona su país impulsado por la miseria, ha de sujetarse á las pésimas condiciones á que le somete la explotación, y ha de prescindir de la higiene, si es más fuerte que el mal que le rodea, mejor; si no, se muere y es una víctima más á cargo del régimen capitalista.

Mr. John O'Neill nos ofrece en la *Nineteenth Century* curiosos datos acerca de la emigración en la superficie del globo.

Como el público no posee acerca de este punto más que noticias generales, y como por otra parte, las cuestiones relativas á la población van teniendo de día en día mayor importancia en el futuro equilibrio de la humanidad, conviene establecer sobre tan interesante materia cifras exactas y concluyentes.

El trabajo del mencionado escritor inglés se refiere á los 18.740,303 individuos que actualmente viven fuera del país de su naturaleza.

Dicho estudio está basado en cálculos recientes, y demuestra, ante todo, que entre los países á donde afluye principalmente la emigración figura en primer término la América del Norte (Estados-Unidos y Canadá) con 7.300,402 extranjeros. Vienen después la América del Sur (comprendido, aunque arbitrariamente, Méjico), con 6.033,105; Asia, con 1.548,344, Australia con 789,521, y Africa con 140,383.

De todas las naciones europeas Francia es la más favorecida por la afluencia de extranjeros, elevándose en dicha nación á la cifra de 1.001,090. Vienen luego Rusia, con 314,307; Inglaterra, con 293,708; Alemania, con 276,731; Suiza, con 241,035 Austria-Hungría, con 182,676; Bélgica, Suecia y Noruega, con 50,968, y España con 41,703.

Austria-Hungría, con una población de 37.883,000 habitantes, no posee más que 183,007 (1 por cada 208 habitantes), cuando su emigración se eleva á 337,000 individuos, de los cuales 118,000 se hallan establecidos en Alemania, 135,000 en los Estados-Unidos y 16,000 en Italia.

Bélgica y el Luxemburgo (5.800,000 habitantes), tienen 141,500 extranjeros (1 por cada 39 habitantes), y envían al exterior 497,000 individuos de su seno.

En honor de la verdad, la mayor parte de estos emigrados se alejan poco de la madre patria, y no van más que hasta Francia, Alemania y Holanda.

La Escandinavia (8.450,000 habitantes), no posee más que 51,000 extranjeros, casi todos alemanes establecidos en Dinamarca, rusos y filandeses establecidos en Suecia y Noruega. Al exterior envía 795,000 hijos del país.

Alemania (45.200,000 habitantes), tiene 2.601,000 nacionales establecidos en el extranjero, en la forma siguiente: 2 000,000 en los Estados-Unidos; 110,000 en la América del Sur; 82,000 en Francia; 90,000 en Suiza; 43,000 en Bélgica; 42,000 en Holanda, y 38 en la Escandinavia.

La emigración es de 293,000 extranjeros, de los cuales 118,000 son austro-húngaros, 35,000 escandinavos, 28,000 suizos y 17,000 franceses.

La emigración de la Gran Bretaña alcanza la enorme cifra de 4.200,000 individuos, ascendiendo la emigración á 283,000 extranjeros, en su mayor parte viajeros de comercio, profesores, criados, panaderos, sastres alemanes y rusos, modistas francesas y músicos italianos.

Italia (29.361,000), ofrece una emigración muy importante que no se eleva á menos de 1.077,000 individuos, de los cuales hay 403,000 establecidos en la América del Sur; 241,000 en Francia, 176,000 en los Estados-Unidos y 63,000 en Africa.

Italia no cuenta más que con 60,000 extranjeros.

Rusia sólo publica estadísticas incompletas, salvo en lo que respecta á la Finlandia.

Lo único que se sabe de positivo por el censo de otros países, es que viven fuera del país 148,000 individuos, entre rusos y polacos.

España y Portugal (21.743,093 habitantes), tienen 453,000 nacionales establecidos en el extranjero, de los cuales hay 337,000 en la América del Sur, 75,000 en Francia, y 28,000 en los Estados-Unidos.

Suiza, con una población de 2.635,000 habitantes, envía al exterior 207,000 de sus naturales. Pero hay establecidos en el país 211,000 extranjeros.

El trabajo de Mr. O'Neill termina con un interesante cuadro relativo á la distribución de 2.921,652 israelitas, esparcidos por el globo.

Francia no figura en este cuadro, que ofrece las siguientes cifras: 1.005,394 en Austria, 638,314 en Hungría, 561,612 en Alemania, 400,000 en Rumania, 81,693 en Holanda, 46,000 en Inglaterra, 45,000 en Túnez, 38,000 en Italia, 19,000 en Persia, 14.256 Bulgaria, 12,000 en la India, 10,351 en Australia, 7,373 en Suiza, 3,000 en Bélgica, 2,993 en Suecia, 402 en España, 34 en Noruega, y 1 en Samos.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.